





# LA ATARDECIDA



Jesús Carrascal

# LA ATARDECIDA



Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Carrascal

ISBN: 978-84-19899-68-2

ISBN digital: 978-84-19899-69-9

Depósito legal: M-30023-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Un pueblo sin literatura es un pueblo mudo*  
MIGUEL DELIBES



## PRÓLOGO

¿Será Dios la fina delgada línea roja de la atardecida? ¿Estaremos ante un *tableaux vivant* del Ángelus de Millet mientras los personajes nacen y mueren en una atemporalidad espacial típica de la inocencia que va de mano con un camposanto omnipresente en la primera novela de Jesús Carrascal? ¿Es probable que la arquitectura narrativa elaborada por Jesús Carrascal ahuyente la vida, pero la persecución del sol sea el leitmotiv de la misma?

Sea como fuere, estas son algunas de las infinitas preguntas que han ido surgiendo a medida que iba leyendo la primera novela de Jesús Carrascal, donde la humildad y el elogio a *Los santos inocentes* se hace palpable desde la primera página y la edificación de la novela no es solo paisajística, sino también de una sonoridad abrumadora e inquietante, como si los personajes, salieran de la novela, cobraran vida propia y te estuviesen susurrando al oído mientras la teatralidad a la hora de hablar, me ha recordado en ciertos aspectos al ojo más crítico de Lorca mezclado con el realismo mágico y brutal (en ocasiones) de Miguel Delibes.

A su vez, Jesús Carrascal nos lleva de mano ante una amplitud temática, la Castilla rural, con la dureza y emotividad a la par, con la magia de lo sencillo y el descubrimiento de lo extraordinario. El autor sin duda, es capaz de ofrecernos una inmersión total con su primera obra.

Por otra parte, me ha resultado curioso el poder de la coma ante el ritmo de la obra.

La coma marca a los personajes, la coma marca los párrafos, la coma marca absolutamente todo. La coma, te marca a ti también. Dejas de ser un lector para ser un siervo de la coma. La coma es el alma de la obra y la coma, llega al final con una coma y no se da por satisfecha con un punto y final, porque los puntos y finales no existen.

La continuación es infinita e inmersiva, no puedes parar de leer. Estás totalmente absorbido ante las palabras de Jesús Carrascal, que se van sucediendo una tras otra, descarrilando por la colina hasta llegar al pueblo donde vamos conociendo un sinfín de personajes con personalidades únicas, grises o de extremos.

Cuando llegué al final de *La atardecida* deja una línea roja sobre la colina, los párpados se me cayeron y respiraron. Respiraron, porque también habían conseguido contemplar la delgada línea roja de la atardecida y, aunque no fuese Dios, que bien podría serlo, el ulular del viento nos conduce a una colina mágica donde ocurre la teatralidad de la vida más cotidiana y modesta.

CLAUDIA PÉREZ DOMÍNGUEZ

# LA ATARDECIDA



# LIBRO PRIMERO



# LOS CACHORROS



La Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña, miraba a Abilio, el Andorino, su otra parte como decía ella, que arrastraba dieciséis lustros y tres años más, por san Jacinto y santa Benita, y estaba viejo y achacoso; y exhalaba un espumarajo blanco por la comisura de los labios que le hacía vomitar; y acopiaba un temblor incesante en el cuerpo; y tenía las piernas desmembradas; y se abandonaba a menudo; y manchaba la parte delantera del pantalón de un líquido amarillento y espeso; y los objetos se despeñaban a su alrededor, sin motivo aparente, de su mano diestra, donde acumulaba más rigidez que en la izquierda; y aspiraba a trechos, como si le faltara el aire, que parecía ahogarse; y se atragantaba al ingerir alimentos si no eran líquidos; y se desorientaba al caminar. Y don Elías, el médico de Molpeceres, le había dicho una mañana que vino al pueblo a visitar a la tía Antolina, por un catarro mal curado, que se cuidara, o, si no, la cosa podía ir a mayores, pero él ni se cuidaba ni nada, y pensaba que el padre Damián, el cura —que era muy místico y mesurado, y vestía indumentaria clerical con sotana negra hasta los pies, y alzacuello blanco, y cingulo, y zapatos finos de cuero negro, también— daba en razón cuando decía en misa dominical, o días de guardar, o festividad del santo patrón, que el destino de cada cual es cosa de Dios, y que poco o nada se puede hacer ante ello, los designios divinos, y, entonces, se acordaba de Nazario, el hijo malgrado de seis engendrados, dos perdidos en malparto y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, que se fue al cielo una mañana aciaga de marzo, por san Jacobino y santa Marcia, tres años después de nacer, de apoplejía, y Silas, el Aperador, hizo un ataúd diminuto porque la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, era endeble como un tallo de aralia, y ape-

nas pesaba, y Nazario, el hijo malogrado de seis engendrados, dos perdidos en mal parto y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, ¡pobre Niña Nicasita; pobre Niña Nicasita!, y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, lo escuchaba desde el otro mundo y le enviaba una sonrisa complaciente; y él se la devolvía; y, entonces, arrojaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, entre sus brazos fornidos; y apoyaba el pequeño cuerpecito de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, contra su pecho; y musitaba palabras bonitas a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, y arrullaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se adormecía. Y, entonces, él y pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se arrimaban al viejo camposanto, y, una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde reposadero, y  
*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!*

y, a la mañana siguiente, nada más amanecía Dios, se acercaba al viejo camposanto, y adecentaba la humilde tumba de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, de helechos, cuscutas y malas hierbas; y desvelaba el sueño de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y le daba los días a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y cogía de la mano a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, y llegaba con la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, al páramo, a perseguir al sol, solecito. Y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, abría la boca y lanzaba sonidos guturales, y sonreía, y enseñaba unos dientes blancos y diminutos, y daba pequeños saltitos con los pies descalzos; y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se rendía, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, descansaban un rato a la sombra apacible de algún sauce o algún olmo, y, pasado un tiempo, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, marchaban al páramo, a hostigar a las liebres salvajes o los asustadizos gazarillos; o emulaban el ulular del viento aposentados apaciblemente en los herbazales de la ribera del Perdón de Dios; o se acercaban hasta el monte de San Lorenzo a contemplar en el cielo nuboso los cirros alargados; o espían a los puados erizos, las abubillas y las

ardillas pardas en el bosque de San Blas; o recalaban en la arboleda de los Tres Hermanos, a disfrutar la sombra fresca de algún chopo o algún álamo; o ascendían al cerro de los Ángeles a asediar con ramas secas y piedras grandes al intrépido azor; o llegaban al encorvado pinar de Mataviejas a perseguir al milano mayor o al halcón ratonero; o escuchaban el *tic, tic, tic, tic, tic, tic*, corto y agudo del herrerillo; o atrapaban culebrillas ciegas o lagartijas endémicas en los riscos del pedregal de Monte Perdido; o se adormecían plácidamente en los helechos primorosos del bosque del Mayoral; o pateaban el angosto camino de la Redonda hasta el término de Molpeceres; o se camuflaban entre los humillados mirasoles o los ceñidos matorrales, a acobardar a las oficiosas abejas, en el colmenar de la tía Simona; o se encaramaban a las lomas de la Romana a platicar con Dios, y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se rendía, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Y, entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, marchaban de regreso al viejo camposanto, y, una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde reposadero, y

*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!*

y se venía para la casa pensando en la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, y, al llegar, Cora, la perra perdiguera, lanzaba unos breves aullidos lastimeros; y se enredaba torpemente entre sus piernas; y él le acariciaba tiernamente el entrecejo; y la dejaba descansar, que estaba vieja y achacosa; y deambulaba por las callejuelas a trompicones, como si llevara todo el peso del mundo a costas; y se desorientaba a menudo; y se echaba a sestar por largo tiempo, la cabeza lacia, reposada sobre la pata izquierda, el rabo inerte, apoyado contra el suelo, las orejas abatidas, las mucosas secas, los ojos languidecidos, hundidos en unas concavidades profundas y oscuras, y él —*¡Chiva, Cora, chiva!*—, pero la perra no reaccionaba, y, al verla así, no insistía, y la dejaba descansar, que estaba vieja y achacosa. Entonces, subía al viejo tabuco, cogía los cepos y demás enseres, y se acercaba a la ribera del Perdón de Dios, y, una vez

allí, preparaba el engaño a los cangrejos en la parte alta del arroyo, o colocaba los garlitos para peces en las zonas más profundas del curso del agua, o dejaba la liga y los cepos para los pájaros junto a la orilla más húmeda del regato; y, cuando terminaba, se tumbaba plácidamente a reposar en los herbazales, o se ocultaba en alguna atocha, o algún madroño, y esperaba pacientemente a que picara el engaño algún pardillo, o algún verderón, o algún carbonero; y, cuando el sol radiante sudaba la frente pelada, regresaba al pueblo; y

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, otra vez,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, una vez más,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y Engracia, la Carracuca,

*ae, ya está Nazario con la dichosa cantinela de Dios,*

y él,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, otra vez,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, una vez más,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y se venía a la morada, y, si acaso se topaba con la Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, otra vez,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y, una vez más,

*viii, 0000, uuuu, miui,*

y ella, la Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*ae, pobrecito, ¿qué mal hizo a nadie?,*

y se acercaba a él, y lo miraba con delicadeza, y le acariciaba el rostro, y le apretaba el cuerpo contra su pecho, y lo arrullaba, y le susurraba palabras bonitas, como a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, que se fue al cielo una mañana de marzo, por san Jacobino y santa Marcía, tres años después de nacer, de apoplejía, y Silas, el Aperador, hizo un ataúd diminuto porque la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, era endeble como un tallo de aralia, y apenas pesaba, y él,

*¡pobre niña Nicasita, pobre niña Nicasita!,*

y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, lo escuchaba desde el otro mundo; y le enviaba una sonrisa complaciente; y él se la devolvía; y arropaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, entre sus brazos fornidos; y apoyaba el pequeño cuerpecito de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, contra su pecho; y musitaba palabras bonitas a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y arrullaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se adormecía. Y, entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se arrimaban al viejo camposanto, y una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde reposadero, y,

*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!,*

y, a la mañana siguiente, nada más amanecer, ya estaba otra vez camino del viejo camposanto, la boina calada hasta el entrecejo, las manos en los remendados bolsillos, la mirada perdida, mascullando la dichosa cantinela de Dios,

*viii, oooo, uuuu, miuu,*

y, otra vez,

*viii, oooo, uuuu, miuu,*

y, una vez más,

*viii, oooo, uuuu, miuu,*

y, si acaso se encontraba con Frutos, el Botijero, que calzaba una boina tres veces más grande que su cabeza,

*viii, oooo, uuuu, miuu,*

y, otra vez,  
*viii, oooo, uuuu, miii,*  
 y, una vez más,  
*viii, oooo, uuuu, miii,*  
 y Frutos, el Botijero,  
*¿dónde va el Nazario?,*  
 y él,  
*al camposanto,*  
 y Frutos, el Botijero,  
*¿al camposanto?,*  
 y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
 y Frutos, el Botijero,  
*¿donde la Niña Pequeña?,*  
 y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
 y Frutos, el Botijero,  
*la Niña Pequeña se fue al cielo con Dios,*  
 y él,  
*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!,*

y marchaba al viejo camposanto, y, al llegar, se arrimaba a la humilde tumba de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, y adcentaba la tumba de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, de helechos, cuscutas y malas hierbas; y desvelaba el sueño de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y conversaba con la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, le correspondía. Él, entonces, apretaba la mano a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, y llegaba con la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, al páramo, a perseguir al sol, solecito. Y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, abría la boca y lanzaba sonidos guturales, y sonreía, y enseñaba unos dientes blancos y diminutos, y daba pequeños saltitos con los pies descalzos, y sonreía; y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se rendía, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Y, entonces,

él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, descansaban apaciblemente a la sombra de algún sauce o algún olmo. Y, tras ello, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, marchaban al páramo a hostigar a las temerosas liebres o los asustadizos gazapillos; o escuchaban el ulular del viento en la ribera del Perdón de Dios; o marchaban al monte de San Lorenzo, a contemplar las nubes altas y las estrellas; o espiaban a los puados erizos, las abigarradas abubillas y las ardillas pardas, en el bosque de San Blas; o recalaban en la arboleda de los Tres Hermanos, a disfrutar la sombra fresca de los sauces o los chopos; o subían al cerro de los Ángeles a asediar a los buitres leonados con ramas y piedras grandes; o se venían al pinar de Mataviejas a perseguir al cárabo o al halcón peregrino; o emulaban el *bri, bri, bri, bri, bri, bri* simple y poderoso del abejaruco; o atrapaban culebrillas ciegas o lagartijas endémicas en los riscos del pedregal de Monte Perdido; o se adormecían plácidamente en los helechos primorosos del bosque del Mayoral; o pateaban el camino de la Redonda hasta el término de Langayo; o se camuflaban entre los mirasoles humillados o los ceñidos matorrales a acobardar a las oficiosas abejas o los jaraneros zánganos en el colmenar de la tía Simona; o se encaramaban a las lomas de la Romana a conversar con Dios; y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se abandonaba, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Y, entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se acercaban al viejo camposanto, y, una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde reposadero, y,

*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!*

y se venía para la morada, y, si acaso se topaba con Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*viii, 0000, uuuu, miuu,*

y, otra vez,

*viii, 0000, uuuu, miuu,*

y, una vez más,  
*viii, oooo, uuuu, miiii,*  
y ella,  
*ae, ¿de dónde vienes, Nazario?,*  
y él,  
*del camposanto,*  
y ella,  
*¿del camposanto?,*  
y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
y ella,  
*¿dónde la Niña Pequeña?,*  
y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
y ella,  
*ae, la Niña Pequeña se fue al cielo con Dios,*  
y él,  
*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!,*  
y ella,  
*¡pobre inocente!, ¿qué mal hizo a nadie?,*

y lo miraba, y se enternecía, y movía los labios de arriba abajo, como si rezara, y así un rato, y otro rato más, hasta que, al cabo, reparaba en Ero, el cachorro podenco que, una brumosa mañana, por santa Verónica y san Gilberto, salvó de la mala muerte Abilio, el Andorino, su otra parte como decía ella, porque Gilda, la perra podenca de Tasio, el Viejo, había dado a luz una camada de ocho cachorros, cuatro sanos, uno con moquillo, que estaba, por así decirlo, más muerto que vivo, y tres malogrados con el cordón al salir, y Tasio, el Viejo, había separado al cachorro más espabilado, por eso de no agraviar a la perra y que entristeciera y enfermara, y al resto, los tres sanos y el que tenía moquillo, que estaba, por así decirlo, más muerto que vivo, les iba a dar el paseo corto, como los milicianos, hasta la charca de Valdegalindo, y

*¡así lo manda Dios!,*

y Abilio, el Andorino,  
*¡vente a razones, Tasio!*,  
y Tasio, el Viejo,  
*¡así lo manda Dios!*,  
y Abilio, el Andorino,  
*¡esas no son formas, Tasio!*,  
y Tasio, el Viejo,  
*¡así lo manda Dios!*,  
y Abilio, el Andorino,  
*¡Dios no manda eso, Tasio!*,  
y Tasio, el Viejo, invariablemente,  
*¡así lo manda Dios!*,

y Abilio, el Andorino, se enervaba entonces y se venía para la morada, y, allá que se topaba con ella, la Crispula, la mujer, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*Crispula, ya estamos con la burra al trigo*

y ella,

*¿Tasio?*,

y él,

*talmente,*

y ella,

*¿otra vez?*,

y él,

*otra vez,*

y ella,

*ae, ese hombre no tiene remedio,*

y, para olvidarse de aquello, ella, la Crispula, la mujer, reparaba en Cora, la perra perdiguera, que estaba vieja y achacosa; y caminaba pesadamente, como si llevara el mundo a cuestas; y se desorientaba a menudo; y se echaba a sestear por largo tiempo, la cabeza vencida, reposada sobre la pata izquierda, el rabo atrás, inutilizado, apoyado contra el suelo, las orejas abatidas, las mucosas secas, los ojos lan-

guidecidos, hundidos en unas concavidades profundas y oscuras; y,

*ae, pobrecita ya dio lo suyo,*

y Abilio, el Andorino, su otra parte como decía ella, tomó al cachorro, y lo arropó entre sus brazos, y se vino para la morada, y, al llegar, Cora, la perra perdiguera, estaba tumbada junto al poyo de la puerta, y ni se inmutó ni nada, que estaba vieja y achacosa; y caminaba pesadamente, como si llevara el mundo a cuestas; y se desorientaba a menudo; y se echaba a sestear por largo tiempo, la cabeza vencida, reposada sobre la pata izquierda, el rabo atrás, inutilizado, apoyado contra el suelo, las orejas abatidas, las mucosas secas, los ojos languidecidos, hundidos en unas concavidades profundas y oscuras; y,

*la perra está vieja, tiene los huesos rotos,*

y Tasio, el Viejo,

*¡así lo manda Dios!,*

y él,

*¡vente a razones, Tasio!,*

y Tasio, el Viejo,

*¡así lo manda Dios!,*

y él,

*¡eso no es justo, Tasio!,*

y Tasio, el Viejo, invariablemente,

*¡así lo manda Dios!,*

y él,

*¡eso no lo manda Dios, Tasio!,*

y Abilio, el Andorino, se enervaba, y marchaba para la morada, y, allá que se topaba con la Crispula, la mujer, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*Tasio ha vuelto a las andadas,*

y ella,

*¿otra vez?,*

y él,

*otra vez,*  
y ella,  
*ae, ese hombre es el mismo diablo,*  
y, ya de tarde, cogió el garrote y el morral, y se fue a dar un garbeo y, en estas, se encontró a Tasio, el Viejo, y  
*¡Dios se apiade de ti, Tasio!,*  
y Tasio, el Viejo,  
*¡así lo manda Dios!,*  
y él, enervado,  
*Dios, no manda eso, Tasio, ¡no me jodas!,*  
y, de regreso a la morada, se encontró a Cora, la perra perdiguera, engurruñada como un pájaro herido junto al poyo de la puerta, y le entró un mal presentimiento, y  
*la perra está vieja,*  
y la Crispula, la mujer,  
*ae, ya dio lo suyo, pobrecita,*  
y él,  
*tiene los huesos rotos,*  
y se arrimó delicadamente al animal, y le rascó el entrecejo, y le hizo arrumacos, pero la perra no correspondía, humilló la cabeza lentamente hasta el suelo, lanzó unos breves gruñidos lastimeros y plegó los párpados, como Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador, que era inocente y noble como un corcel de corta edad, y que, una mañana, por santa Veneranda y san Serapión, le brotó en el cuello un bulto redondo y blancuzco, como un boliche, y se le estiró la piel, y plegó los párpados en un santiamén, y se puso mustia, y enfermó; y Desiderio, el Cacharrero, dijo que no duraría tres días, y duró siete; y el niño Alejandro, el Chiquitín, que en esos tiempos perchaba seis abriles, enfermó como Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador, y estuvo lamentando nueve días y nueve noches; y Cándida, la Guiños, a la que decían así porque tenía un tic nervioso en el ojo izquierdo que le hacía subir y bajar inconscientemente el párpado, pensó que el niño Alejandro, el Chiquitín, que en esos tiempos perchaba seis abriles, y estaba

enclenque y enfermizo, se iba a ir al otro mundo detrás de Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador, de lo malo que se puso, que le entró la fiebre alta y los calores, y se alzó de repente la temperatura del cuerpo del niño Alejandro, el Chiquitín, que en esos tiempos perchaba seis abriles, y estaba enclenque y enfermizo, y se pasaba todas las horas del sol desparramado en el oscuro tabuco, que ni comía ni nada; y Cándida, la Guños, a la que decían así porque tenía un tic nervioso en el ojo izquierdo que le hacía subir y bajar inconscientemente el párpado, dio aviso a don Elías, el médico de Molpeceres; y don Elías, el médico de Molpeceres, dijo que el niño Alejandro, el Chiquitín, que en esos tiempos perchaba seis abriles, y estaba enclenque y enfermizo, no tenía dolencia alguna, y que todo era fruto del sentimiento; y tres semanas después, por santa Demetria y san Rodolfo, Nana, la perra perdiguera del tío Geroncio, el Resinero, no atendió el reclamo, y se quedó quieta como una estatua de sal, y ya no se arrancó más, y enfermó, como Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador, y murió a los tres días; y él estuvo nueve días y nueve noches seguidas lamentando, como el niño Alejandro, el Chiquitín, cuando murió Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador; y el tío Geroncio, el Resinero, dio aviso a don Elías, el médico de Molpeceres; y don Elías, el médico de Molpeceres, dijo que al Abilio, el hijo del tío Geroncio, el Resinero, le había entrado la misma fiebre que al niño Alejandro, el Chiquitín, cuando murió Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador, y que todo era fruto del sentimiento, y la cosa no pasó a mayores hasta que, dos semanas después, por santa María Magdalena y santa Levina, Cornelio, el Paso Largo, mandó al otro barrio al Ero, el perro perdiguero del tío Geroncio, el Resinero, de un tiro, al rematar por lo bajo una liebre que salió repentina y se cruzó el animal y nada pudo hacer por él; y el tío Geroncio, el Resinero, se enfureció entonces como si le hubiera caído un rayo encima, y maldijo, y juró mil veces que algún día Cornelio, el Paso Largo, pagaría por lo que había hecho; y así, cada vez que se cruzaba con el hombre en el camino viejo de la Redonda, o en el pinar de

Mataviejas, o en el abejar de la tía Simona, o en el cerro grande de los Ángeles, o en el robledal de San Marcial, o en el castañar de Casillas, o en el encinar de la Garrocha, o en las lomas de la Romana, o en el valle de los Redondos, o en el monte de San Lorenzo, o en la ribera del Perdón de Dios, o en la charca de Valdegalindo, o donde fuera que se cruzara con él, le escupía encolerizado —¡Cornelio, has matado al Ero, has matado al Ero!—, y lo apuntaba con el dedo índice de la mano derecha, desafiante; y Cornelio, el Paso Largo, humillaba entonces la cabeza y se perdía callejuela abajo, a paso largo, como alma que lleva el diablo; y atrás quedaba el tío Geroncio, el Resinero, maldiciendo y jurando de forma tan espantosa que Abilio, el Andorino, se estremecía y se anegaba de terribles temores y malos presagios, pensando que el tío Geroncio, el Resinero, cualquier día podía hacer un estropicio con Cornelio, el Paso Largo, como Tasio, el Viejo, lo hacía con los cachorros, los tres vivaces y el que tenía moquillo, que estaba, por así decirlo, más muerto que vivo, en la charca de Valdegalindo, dando mala muerte a los recién nacidos, una y otra vez, cada vez que Gilda, la perra podenca; o Lola, la perra perdiguera, o Sira, la perra galga, hacían la monta y se preñaban, y daban a luz una camada de entre ocho y diez cachorros. Y, entonces, Tasio, el Viejo, apartaba el cachorro más espabilado, por eso de no agraviar a la perra y que entristeciera y enfermara, y, al resto —los tres vivaces y el que tenía moquillo, que estaba, por así decirlo, más muerto que vivo— los introducía en una herrada de madera desvencijada y agarraderas de hierro negro, y marchaba a la charca de Valdegalindo a dar mala muerte a los cachorros recién nacidos, así una y otra vez, cada vez que Gilda, la perra podenca; o Lola, la perra perdiguera, o Sira, la perra galga, hacían la monta, y se preñaban, y daban a luz una camada de entre ocho y diez cachorros, Tasio, el Viejo, apartaba al cachorro más espabilado, por eso de no agraviar a la perra y que entristeciera y enfermara, y al resto —los tres vivaces y el que tenía moquillo, que estaba, por así decirlo, más muerto que vivo— los introducía en una herrada de madera desvencijada y agarraderas de hierro negro,

y marchaba a la charca de Valdegalindo a dar mala muerte a los cachorros recién nacidos, y así una y otra vez cada vez que Gilda, la perra podenca; o Lola, la perra perdiguera, o Sira, la perra galga, hacían la monta, y se preñaban, y daban a luz una camada de entre ocho y diez cachorros, hasta que, un año, por santa Domitila y san Nereo, Dios se hartó de las andanzas de Tasio, el Viejo, y lo llamó a su presencia, y, cuando lo tuvo en su presencia, Dios le dijo: *¡Tasio, ha llegado tu hora!*, y Tasio, el Viejo, se engurruñó entonces como un pájaro herido, y se tembló; y, sin mediar palabra, cogió la vieja maleta de tela, la llenó de piedras grandes y tierra seca; y marchó a los altos, sin hacer ruido, como el que ha cumplido su faena; y, allá que arribó a los altos, se presentó ante Dios, y Dios le pidió explicaciones, y Tasio, el Viejo, se las dio, pero Dios no quedó convencido, y lo mandó a los infiernos, y allí quedó Tasio, el Viejo, para toda la eternidad, que era donde debía estar; y ella, la Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña,

*ae, Dios lo tenga en su gloria,*

y, para olvidarse de Tasio, el Viejo, y de la mala muerte, y de la charca de Valdegalindo, y de los cachorros recién nacidos, atendía a Abilio, el Andorino, su otra parte como decía ella, que arrastraba dieciséis lustros y tres años más, por san Jacinto y santa Benita, y estaba viejo y achacoso; y exhalaba un espumarajo blanco por la comisura de los labios que le hacía vomitar; y acopiaba un temblor incesante en el cuerpo; y tenía las piernas desmembradas; y se abandonaba largo rato; y manchaba la parte delantera del pantalón de un líquido amarillento y espeso; y los objetos se despeñaban a su alrededor, sin querer, de su mano diestra, donde acumulaba más rigidez que en la izquierda; y aspiraba a trechos, como si le faltara el aire, que parecía ahogarse; y se atragantaba al ingerir alimentos si no eran líquidos; y se desorientaba al caminar. Y don Elías, el médico de Molpeceres, la había dicho, una mañana que vino a visitar al tío Emeterio, el Ciruelo, por un dolor repentino en el

espinazo, que se cuidara o, si no, la cosa podía a ir a mayores, pero él ni se cuidaba ni nada, y daba razón al padre Damián, que era muy místico y mesurado, y vestía indumentaria clerical con sotana negra hasta los pies, y alzacuello blanco, y cíngulo, y zapatos finos de cuero negro, también, cuando decía, en misa dominical, o días de guardar, o festividad del santo patrón, que el destino de cada cual es cosa de Dios, y que poco o nada se puede hacer ante ello, los designios divinos. Y, entonces, se acordaba del tío Genciano, el Resinero, que, una mañana, por san Isaías y santa Dominica, nada más amaneció, le subió al viejo pinar de Mataviejas y le demandó,

*Abilio, ¿tú sientes la llamada?,*

y él,

*¿a qué se refiere usted, padre?,*

y el tío Geroncio, el Resinero,

*a la llamada,*

y él,

*¿a qué llamada, padre?,*

y el tío Geroncio, el Resinero,

*a la llamada de Dios, ¿a qué llamada va a ser?*

y Abilio, el Andorino, dijo que sentía la llamada, y el tío Geroncio, el Resinero, se enfervorizó entonces; y le subió la fiebre y los calores, como al niño Alejandro, el Chiquitín, cuando murió Tula, la perra *pointer* del tío Facundo, el Leñador; y, a la mañana siguiente, se fue a buscar al padre don Hilarión, el cura. Y el padre don Hilarión, el cura, dijo que Abilio, el hijo del tío Geroncio, el Resinero, llevaba la vocación escrita en la frente; y el tío Geroncio, el Resinero, se entusiasmó entonces otra vez; y, dos meses después, lo mandó a la capital, a estudiar el sacerdocio; y, allá que se cruzaba con Segismundo, el Pocero; o Genciano, la Culebrilla; o Luciano, el Malamuerte; o Ciro, el Buenhombre; o el tío Apolinar; o Leoncio, el Arropa Cabezas; o Melecio, el Talaria; o Ubinio, el Chupamieles; o Fulgencio, el Piñonero; o Ferlosio, el Patizambo; o Atilano, el Pardal; o el tío Indalecio, el Cañamón; o Aureliano, el Lagunillas; o Melifluo, el Arrancapinos; o Aquilino, el Taranco; o Cintio, el

Molleta; o Acacio, el Molinero; o Emeterio, el Ciruelo; o Remigio, el Arquillero; o Dionisio, el Tapacharcos; o Genciano, el Pajari-to; o Terencio, el tío Corvo; o Remigio, el Orejillas; o Agapito, el Culebras; o Plazio, el Boletas; o Rogaciano, el Gallote; o Cintio, el Pellejón; o el tío Segundo; o Higinio, el Pichín; o Fortunato, el Cheposo; o Aquilino, el Taranco; o el tío Amedeo, el Majagranzas; o Esidio, el Tullido; o Ponciano el Cascarrebojos; o Frutos, el Boti-jero; o Acindino, el Canchollín; o Atanasio, el Patarratín; o Crisan-to Pemales; o Santos, el Chiva; o Desiderio, el Mataburras; o el tío Marcial; o Celso, el Tamboriles; o Plinio, el Viejo; o Plinio, el Joven; o Agapito, el Peruso; o el tío Quirico; o Tasio, el Picao; o Gervasio, el Mochuelo; o Demetrio, el Carraca; o Inocencio, el Sillero; o el tío Dionisio, el Abejorro; o Benito, el Cencerro; o Urbano, el tío Bellota; o Primitivo, el Esenciero; o Pastor, el tío Quinto; o Justo, el Burrero; o Pedro, el Ronquillo; o el tío Inocencio; o el tío Cam-pano; o el tío Perinchola; o el tío Fanega, o, si acaso el tío Olegario, el Zapatones, los espetaba con una pizca de altivez,

*Abilio, el chico, sintió la llamada,*

y así una y otra vez, hasta que, un día, por santa Blanda y san Antonino, dos años después, Abilio, el chico, perdió la aptitud y la vocación escrita en la frente, y dejó el seminario, y el noviciado, y regresó al pueblo; y el tío Geroncio, el Resinero, al verlo, se enfu-recio, y le espetó airadamente: ¡*Tú sabrás lo que haces!*, y él, entonces, agachó la cabeza, plegó los ojos, suspiró hondo, y no dijo nada, y poco después se estableció en el pueblo, y se prendó de la Crispula, la mujer, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña, y ella, la Crispula, la hija primogénita de Silas, el Hachero, al que nombraban así porque cortaba antaño con un hacha de doble filo las ramas de los árboles y las desroñaba para hacer leña, se prendó de él, y los dos se des-posaron, y ella, la Crispula, la mujer, cada vez que la demandaban sobre el escabroso tema, plegaba los ojos, y suspiraba hondo, y silenciaba, como Abilio, el chico, aquel día que regresó al pueblo

y el tío Geroncio, el Resinero, le espetó airadamente: *¡Tú sabrás lo que haces!*, y humillaba la cabeza, y no decía nada, que ardua labor tenía ella con lo suyo para meterse en otros menesteres, cuidándose todo el día de Cora, la perra perdiguera; y de Ero, el perro podenco; y de Nazario, el hijo malogrado de seis engendrados, dos perdidos en malparto; y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y de Abilio, el Andorino, su otra mitad, como decía ella, que arrastraba dieciséis lustros y tres años más, por san Jacinto y santa Benita, y estaba viejo y achacoso, y exhalaba un espumarajo blanco por la comisura de los labios que le hacía vomitar; y acopiaba un temblor incesante en todo el cuerpo; y tenía las piernas desmembradas; y se abandonaba a menudo; y manchaba la parte delantera del pantalón de un líquido amarillento y espeso; y los objetos se despeñaban a su alrededor, sin motivo aparente, de la mano diestra, donde acumulaba más rigidez que en la izquierda; y aspiraba a trechos, como si le faltara el aire, que parecía ahogarse; y se atragantaba al ingerir alimentos si no eran líquidos; y se desorientaba al caminar, como Cora, la perra perdiguera, que estaba flaca y enfermiza, y deambulaba por las callejuelas a trompicones, como si llevara todo el peso del mundo a cuestas. Y se echaba a sesear por largo tiempo, la cabeza mustia, reposada sobre la pata izquierda, el rabo lacio, apoyado contra el suelo, las orejas abatidas, las mucosas secas, los ojos languidecidos, hundidos en unas concavidades profundas y oscuras, y él,

*la perra está vieja, tiene los huesos rotos,*

*y la Crispula, la mujer,*

*ae, pobrecita, ya dio lo suyo,*

y miraba a Abilio, el Andorino, su otra parte como decía ella, que estaba viejo y achacoso; y exhalaba un espumarajo blanco por la comisura de los labios que la hacía vomitar; y acopiaba un temblor incesante en todo el cuerpo; y tenía las piernas desmembradas; y se abandonaba a menudo; y manchaba la parte delantera del pantalón de un líquido amarillento y espeso; y los objetos se despeñaban a su alrededor, sin motivo aparente, de su mano diestra, donde acu-

mulaba más rigidez que en la izquierda; y aspiraba a trechos, como si le faltara el aire, que parecía ahogarse; y se atragantaba al ingerir alimentos si no eran líquidos, y se desorientaba al caminar, y ella,

*¡Señor, aleja de mí todo este sufrimiento!,*

y se acordaba entonces de Nazario, el hijo malogrado de seis engendrados, dos perdidos en mal parto; y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, que se fue al cielo una mañana aciaga de marzo, por san Jacobino y santa Marcía, tres años después de nacer, de apoplejía, y Silas, el Aperador, hizo un ataúd diminuto porque la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, era endeble como un tallo de aralia, y apenas pesaba, y él,

*¡pobrecita Nicasita, pobrecita Nicasita!,*

y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, lo escuchaba desde el otro mundo; y le enviaba una sonrisa complaciente; y él se la devolvía, y arropaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, entre sus brazos fornidos; y apoyaba el pequeño cuerpecito de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, contra su pecho; y musitaba palabras bonitas a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y arrullaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se adormecía. Y, entonces, él y pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se arrimaban al viejo camposanto, y, una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde reposadero, y

*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!,*

y, a la mañana siguiente, allá que amanecía Dios, llegaba al viejo camposanto; y adecentaba otra vez la humilde tumba de la pobre niña Nicasita de helechos, cuscutas y malas hierbas; y desvelaba el sueño de la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y conversaba con la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y apretaba la mano a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña; y llegaba con la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, al páramo, a perseguir al sol, solecito. Y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, abría la boca y lanzaba sonidos guturales, y sonreía, y enseñaba unos dientes blancos y diminutos, y trotaba, dando pequeños saltitos con los pies descalzos;

y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se rendía, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Y, entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, descansaban a la sombra apacible de algún sauce o algún olmo, y, después, él, y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, marchaban al páramo a hostigar a las encamadas liebres o los asustadizos gazapillos; o escuchaban adormilados el ulular del viento en la ribera del Perdón de Dios; o se arribaban al monte de San Lorenzo a contemplar las nubes altas y las estrellas; o espían a los erizos, las abubillas y las ardillas pardas en el bosque de San Blas; o recalaban en la arboleda de los Tres Hermanos a disfrutar la sombra fresca de los sauces o los chopos; o subían al cerro grande de los Ángeles a asediar con ramas y piedras a los mochuelos; o se venían al pinar de Mataviejas a perseguir al cárabo o al halcón ratonero: o imitaban el charac, charac tímido y alargado de la perdiz; o atrapaban culebrillas ciegas o lagartijas endémicas en los riscos del pedregal de Monte Perdido; o se adormecían plácidamente en los helechos primorosos del bosque del Mayoral; o pateaban el camino de la Redonda hasta el término de Tordesillas; o se camuflaban entre los mirasoles humillados o en los ceñidos matorrales a acobardar a las officiosas abejas en el colmenar de la tía Simona; o se encaramaban a las lomas de la Romana a conversar con Dios; y así hasta que la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se abandonaba, que era muy pequeña la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña. Y, entonces, él y la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, se acercaban al viejo camposanto, y, una vez allí, dejaba a la pobre niña Nicasita, la Niña Pequeña, en su humilde morada, y

*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!*

y, si acaso se encontraba con Emeterio, el Ciruelo, que caminaba con el cuerpo encorvado y se quejaba del espinazo,

*viii, oooo, uuuu, miiii,*

y, otra vez,

*viii, oooo, uuuu, miiii,*

y, una vez más,

*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y Emeterio, el Ciruelo,  
*¿de dónde viene el Nazario?,*  
y él,  
*del camposanto,*  
y Emeterio, el Ciruelo,  
*¿del camposanto?,*  
y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
y Emeterio, el Ciruelo,  
*¿dónde la Niña Pequeña?,*  
y él,  
*donde la Niña Pequeña,*  
y Emeterio, el Ciruelo,  
*la Niña Pequeña se fue al cielo,*  
y él,  
*¡Nicasita, angelito; Nicasita, angelito!,*

y, allá que amanecía Dios, ya estaba otra vez camino del viejo camposanto, la boina calada hasta el entrecejo, las manos en los remendados bolsillos, la mirada perdida, mascullando la dichosa cantinela,

*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y, otra vez,  
*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y, una vez más,  
*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y, si acaso se encontraba con Pánfila, la Morrines,  
*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y, otra vez,  
*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y, una vez más,  
*viii, 0000, uuuu, miui,*  
y Pánfila, la Morrines,  
*¿dónde va, Nazario?,*